

XCV

19 de Junio de 1817.

Mi hijo Alfonso se encuentra en este momento viajando en la Saboya, acompañado de la familia Maistre, cuyo sobrino, M. Luis de Vignet, persona distinguidísima, es muy amigo de él. Este joven, de grande ingenio y mucho talento, como el que yo supongo en mi hijo, tiene como él también, un carácter algo melancólico, Me recuerda la figura que yo atribuí en mi juventud a Werther, de Goethe; pero él es, como su familia, muy cristiano.

Esta amistad, bajo esta correspondencia me satisface por mi hijo, que tiene necesidad de buenos ejemplos de fe positiva, porque su religión, demasiado libre y demasiado vaga al mismo tiempo, me parece producida por el sentimiento y no por la fe.

*

Como ya tengo indicado, mi hijo solicita un empleo diplomático; mi hermano mayor y yo hemos despertado en él este deseo que le cuesta buenos disgustos. Como quiera que en París no tenemos una protección directa para abrir las puertas de las personas influyentes, y nuestro nombre, aunque digno, no es de gran resonancia para llamar la atención de los ministros, perdemos el tiempo. Alfonso se cansa e impacienta, no pudiendo obtener una ocupación activa para su espíritu; y sus disgustos recaen sobre mí y me afligen mucho.

XCVI

20 de Junio de 1817.

Hoy me han hecho una proposición de matrimonio para mi hija tercera, Cesarina. El joven que

ha pedido su mano, creo yo que le conviene bajo todos conceptos; a mí me agrada mucho. Se llama M. de***, y pertenece a una conocida familia parisiense, ligada ya de antiguo con la mía. Cesarina posee una belleza deslumbradora, completamente italiana; muchos dicen que los rasgos de su fisonomía son los de una creación del pintor Rafael de Urbino, que se conoce por la *Fornarina*. Yo no sé lo que de esto habrá de cierto, pero sí sabré decir, que es una hermosa criatura físicamente considerada, y lo que es algo mejor, muy franca, sencilla y altamente simpática a todo el mundo.

Mi cuarta hija Susana, será más hermosa aun, pero el género de su belleza será completamente distinto; es la estatua del candor y la virginidad.

Sofía, menos seductora a primera vista, promete, sin embargo, atesorar también grandes atractivos y ciertas cualidades de alma por complemento, superiores a todos los hechizos. ¡Oh! ¡qué hijas me ha concedido Dios! Parece que la Providencia y la Naturaleza se hayan puesto de acuerdo para favorecerme con sus donés! ¡Qué cuentas deberá rendir esta madre al Señor de cielo y tierra!

XCVII

Junio de 1818.

Mucho trabajo me cuesta el favorecer las inclinaciones hacia el apreciable joven M. de***, a quien estimo mucho a causa de sus excelentes cualidades y lo quisiera para esposo de mi hermosa Cesarina.

La familia de mi marido se opone a este matrimonio por razones sociales de bien poca monta por cierto, pero yo tengo la seguridad de que habrían de ser felices uno y otro. El no tiene fortuna, es

BIBLIOTECA UNIV.
U. A. B. M.

verdad, pero yo les tendría en mi casa. Estoy obligada a esconder a la familia de mi esposo la inclinación que siento por esta alianza, pero si yo lo hiciese, al parecer, cierta violencia, no podría llegar jamás a conseguir la unión de estas pobres criaturas. Entre tanto me está ello pesando en la conciencia; tal vez he cometido un error dejando entrever a estos tiernos corazones que al fin se unirán. He consultado sobre este particular con un hombre que merece toda mi confianza y me lo ha aprobado. ¡Dios mío! haced que respandezcan mis intenciones: Vos sabéis que son buenas.

El joven de***, se muestra más cariñoso y solícito que antes; son sus visitas tan frecuentes que temo despierten recelos en la familia; no obstante, cuando creo que sus visitas pueden llamar la atención, le recibo con alguna frialdad; y él, comprendiendo mis indicaciones perfectamente, obra como hombre discreto que es y de virtud irreprochable. ¿Qué es lo que sucederá? ¡cuántos tormentos ocasiona eso de haber dos espíritus distintos en una misma familia, sobre motivos de transcendencia! Encuentro que no se consulta lo suficiente al corazón en nuestra sociedad francesa, cuando se trata de un acto tan importante como es el del matrimonio! Por suerte para mí, mis parientes dejaron que hablase el mío; y gracias a la condescendencia de mis buenos padres, soy feliz actualmente.

XCVIII

18 de Julio de 1818.

M. de Vignet, el amigo de mi hijo, ha estado aquí unos días; acaba de ser llamado a París por el embajador de Cerdeña, marqués de Alfieri, a quien Alfonso conoce muchísimo. Esto es buen

augurio para el porvenir diplomático de este joven, quien empezaba ya a descorazonarse. ¡Ah! ¡cómo quisiera yo ver a mi hijo entrar pronto en una carrera tan digna de él! Observo que mi salud va languideciendo de algún tiempo a esta parte; yo creo que la causa de ello son los sufrimientos del corazón y del espíritu ocasionados por los contratiempos que mis hijos están sufriendo. Es preciso que sobre esto reflexione detenidamente. Pronto cumpliré cincuenta y dos años, y como quiera que no he sido de compleción fuerte, necesito de mayores cuidados que muchas otras; esto debería aumentar mi piedad y hacer que me ocupase solamente de Dios. En lugar de esto, parece que mi alma participa de las debilidades de mi cuerpo, porque encuentro que me faltan o se debilitan en mí aquellos sentimientos vivos que penetran el alma y la elevan al cielo, haciéndose felices en todas las situaciones de la vida; me siento fría, e insensiblemente arrastrándome sobre la tierra. ¡Oh! no es esta la vejez que se necesita para preparar el alma. Entre tanto ¡Dios mío! mi voluntad se dirige todavía hacia vos, sostenedme y haced que pueda daros todo lo que me resta... ¡Ay! ¡qué pobres e indignas de vos son mis ofrendas!

XCIX

25 de Julio de 1818.

Nos hallamos en la casa de mi buen cuñado el abate Lamartine, que se encuentra enfermo. Continuamente está haciendo regalos a mis hijas, y para después de su muerte ha legado a Alfonso esta propiedad de Montculot, que aun con un gravamen de doscientos mil francos, le servirá acaso de ayuda el día que necesite casarse.

C

4 de Agosto.—En el parque de Montculot, al lado de la fuente Fayard.

Esta fuente, pintoresca y apacible como una de la Arcadia, fué celebrada en mis composiciones tituladas *Armonías* con el nombre de

La fuente del Bosque

¡Oh! fuente cristalina.—Qué saliendo de la roca —Formando hermosa cascada.—Bañas el florido prado.—Y en el mármol de Carrara.—Murmuras con impaciencia.—Por salir a la pedrera.—El delfín que oculto entre la hiedra.—Arrojaba por la nariz la blanca espuma, ha desaparecido.—Centenarias hayas que prestan su sombra.—Al lecho por donde juegas en ondas.—Te sirven de templo.—Y de corona, las hojas secas de otoño y el verde musgo.—La vieja pila de mármol ha sido destrozada.—Pero tú, siempre generosa.—Devuelves bien por mal a los que te ofendieron.—Ofreciéndoles la frescura de tus aguas, limpias como el cristal.—Cuando veo filtrarse cual rocío entre los guijarros.—Las gotas cristalinas formando mil colores.—Las ideas de mi niñez vuelven a mi imaginación.—Y los recuerdos del pasado, me llenan de tristeza.—¿Cómo quieres que no busque a tu lado alegrías y tristezas?—Mudo testigo que recuerdas hechos y edades pasadas.—¿Cuántos lances has mezclado en tus murmullos!—¿Cómo han corrido mis pensamientos tras de tus ondas!—Aquí me tiene otra vez, fuente deliciosa.—Yo soy aquel que en otro tiempo turbaba tu tranquilidad, con regocijo infantil. Yo soy quien a la sombra de los árboles que te rodean, soñé con la gloria, cuya senda veo hoy ocultar por

negros nubarrones.—Mientras lloro ausencias y muertes.—Reclina la cabeza sobre las piedras que te circundan.—Yo soy aquel, que rendido de cansancio.—Llegó a ti, con el rostro oculto entre las manos.—Derramando lágrimas que empañan tu pureza cristalina.—A confiarte tus pesares; porque tú sola contestas a tus lamentos.—A escuchar las armonías que producen tus cascadas.—Pero ¡ah! que no pueden tus olas seguir a mis ideas.—Rápidas como el viento que arrebató la hojarasca que se extiende a tus pies.—Algunas veces, trepando por la escarpada pendiente.—Llego al punto donde tienes tu nacimiento.—Y te contemplo cual hija de las nubes, flotando entre vapores.—Fuera imposible sin ti, la vida en estas soledades.—Calmas la sed del césped que, al besarte, bebe tus cristales gota a gota.—Y aunque el duro pedernal intente devorarte en su seno.—Te alejas juguetona, y corres a llevar tus virginales perlas.—A los más profundos huecos de las montañas.—Reflejando en el camino el hermoso transparente del cielo.—El desierto se anima con tu presencia.—Y a un aliento de tus aguas.—Se inclina el árbol añoso.—Cobijándote en sus ramas.—A tu lado, los alegres pajarillos cantan sus amores.—Y los hombres han de arrodillarse para beber de tus aguas.—«Aquí beberá el caminante», dijo una voz. Y tú, fiel a esta consigna,—Avisas al hombre cuando por tu lado pasa.—Con el sordo murmullo que produce el líquido, al caer en el recipiente.—Y al que se detiene a contemplarte.—Le dices satisfecha.—Este prodigio que admiras, obra de Dios es.—Mis murmullos son el himno que constantemente elevo al autor de la Naturaleza. Yo siento en el corazón. ¡Oh fresca fuentecilla!—Tantas ideas como ondas tiene tu pilón.—Y al aproximar mis labios a tus aguas.—Brotar de mi pecho el amor, y escaparse

el ruego de mi boca con acento rápido.—Y exclamo: Señor, te adoro, acepta mi triste llanto.—Hoy contemplo tus riberas.—Bien distintas por cierto de ayer.—El viento se ha llevado las hojas, y hasta el cisne ha cambiado su blanco plumaje.—No tardará mucho tiempo en ver caer mis blancos cabellos sobre ti.—Cuando vengas a visitarme, apoyándote en los troncos de las ayas tus eternas compañeras.—Entonces, contemplándote de nuevo, reflexionaré todo lo pasajero de esta vida.—Comparándola con tus gotas que convertidas en olas.—Mueren en el mar después de haber corrido alegres el camino.—Cubierto de flores unas veces, de espinas otras.—Y así es la vida, ¡Dios mío!—Tras de la noche la aurora.—Y las olas corren siempre.—Cual la vida seductora.

*

Posteriormente he visto que mi pobre madre también meditaba sobre la fuente del Bosque y por cierto, más cuerdamente que yo.

Continuemos el *diario*.

4 de Agosto de 1818.

Es la una de la tarde, y vengo de dar un paseo por la fuente Fayard: es un sitio delicioso en extremo: me gusta ir allí a reflexionar y rezar al mismo tiempo porque lo uno es consecuencia de lo otro. Doy gracias a Dios por los beneficios que me hace que son muchísimos. Al fin vuelvo a encontrar los mismos sentimientos de otros tiempos. Tengo observado que cuanta mayor es mi soledad y mi retraimiento del mundo, soy más piadosa y feliz. Pero no hay remedio; debo alejarme de aquí: debo volver a mis tareas ordinarias, a mis deberes, a mis incertidumbres.

Tened piedad de mí, Dios mío: tiemblo por lo

que he de sufrir yo y por lo que habrán también de sufrir mis hijos Alfonso y Cesarina y mi buena amiga Mme. Paradis que necesita de mí en estos momentos. Valor y prudencia.

Esta mañana durante el paseo, recordaba las veces que he estado aquí, y son seis, y he pensado que mi *diario* me es de mayor utilidad que a otras muchas personas, porque tengo poquísima memoria, y al mismo tiempo, porque gusto de ir recordando todo lo que me ocurre en diferentes circunstancias en que me voy encontrando; veo también, que no es de menor utilidad para mi alma.

Estoy leyendo los sermones de Massillon y la *Odisea*; mis hijas leen la historia antigua.

¡Pobres hijas mías! Se están portando como quienes son: alegres y buenas por todo extremo.

¡Mas ay! ¿las dirijo yo como debo? ¿No tengo que echarme algo por ello en cara? ¿Tendré la culpa de las dificultades en que me encuentro por causa de Cesarina? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Vos sois mi única esperanza, no me abandonéis en manera alguna, reparad mis faltas; apiadaos de mis hijos y de mí.

CI

15 de Agosto de 1818.

Los disgustos que he sufrido por causa de mis hijos, acortarán mi existencia y acabaré por succumbir bajo el peso de tanto sufrimiento. Yo he sentido sus penas con mayor fuerza que ellos mismos. La ociosidad de Alfonso me consume. ¿Por ventura ha nacido para esto? Me lo he encontrado solo en Milly donde se quedó antes, tranquilo, pero triste, y tanto o más que nunca viviendo entre sus libros, y de cuando en cuando escribiendo versos que no enseña jamás. Algunas veces, sus

amigos, M. de Vignet y M. Virieu, me hablaban de él con especial entusiasmo; pero ¿de qué le sirven sus talentos así encerrados, en el supuesto de que verdaderamente lo sean? Por otra parte, ¿qué ha de ser esta poesía que reconcentra sus ecos en un joven devorado por el deseo de actividad?

La causa de mi excesiva alegría por la vuelta de los Borbones, fué porque esperaba que la familia no se opondría entonces a esta necesidad de obrar, y que estos príncipes, a quienes habíamos servido en la desgracia, emplearían a mi hijo en alguno de los muchos cargos de que ha de ser capaz; ¡pero después de tres años no hemos tenido de ellos ni una sola mirada!

No dejo de comprender que, así los príncipes como los ministros, están abrumados de solicitudes a su alrededor y que no pueden dirigir sus miradas hasta el fondo de las provincias para ir escogiendo y clasificando los talentos jóvenes y desconocidos. Es preciso resignarse al olvido. Al fin y al cabo esto no vale la pena de disgustarse; pero ¡ah! que mi hijo está en la edad de las ilusiones, que son para él lo que para mí las realidades. Acaso el sentimiento secreto que en él adivino procede de este desengaño sufrido. Porque no es natural ni corriente que un joven de su imaginación y de sus años, se abandone y encierre en la soledad más absoluta; parece como que haya perdido por la muerte ó por otra causa cualquiera, algún objeto querido, cuya falta ocasiona en él tristeza tan profunda.

CII

12 de Septiembre de 1818.

Alfonso recibió ayer un paquete de cartas de su mejor y más íntimo amigo, M. de Virieu, quien le

llama a París inmediatamente. El ha vendido su caballo para hacerse con veinticinco luises; yo le he dado además todas las economías que poseo. Ya ha partido. M. Virieu, quien ha ingresado en la carrera diplomática y se interesa por Alfonso tanto como él mismo, le decía en sus cartas que el conde de Lagarde, nuestro embajador en España, estaba decidido a llevarle consigo a Madrid. ¡Quiera Dios que este proyecto se realice!

*

Todo ha fracasado. Alfonso acaba de volver más descorazonado que nunca por los acontecimientos que le vuelven a sepultar nuevamente en la inacción y la obscuridad. M. de Lagarde, que le conoce, y que hubiera deseado llevarle consigo, no le ha sido posible, y ha partido para Madrid dejando a mi pobre hijo en el mayor desconsuelo.

¡Si yo pudiera obtener para mi hijo la resignación que yo poseo! Pero él es joven y es natural que sus pensamientos sean distintos a los míos.

El proyectado casamiento de mi Cesarina resulta decididamente irrealizable; me he visto obligada a decírselo así a este pobre joven. La familia se ha obstinado en la negativa más absoluta, estoy desesperada y he llorado mucho; el pobre joven parece resuelto a esperar aún contra toda esperanza. También Cesarina está muy triste, pero bien penetrada de su deber; teme, dice, que si fuerza por sí misma las repugnancias, el descontento de aquellos de quien nosotros dependemos recaiga sobre mí. ¡Lástima grande que así se rompan las esperanzas de dos almas puras que sentían una hacia la otra cierta inclinación natural por cierto bien inocente! Afortunadamente el tal afecto no

amigos, M. de Vignet y M. Virieu, me hablaban de él con especial entusiasmo; pero ¿de qué le sirven sus talentos así encerrados, en el supuesto de que verdaderamente lo sean? Por otra parte, ¿qué ha de ser esta poesía que reconcentra sus ecos en un joven devorado por el deseo de actividad?

La causa de mi excesiva alegría por la vuelta de los Borbones, fué porque esperaba que la familia no se opondría entonces a esta necesidad de obrar, y que estos príncipes, a quienes habíamos servido en la desgracia, emplearían a mi hijo en alguno de los muchos cargos de que ha de ser capaz; ¡pero después de tres años no hemos tenido de ellos ni una sola mirada!

No dejo de comprender que, así los príncipes como los ministros, están abrumados de solicitudes a su alrededor y que no pueden dirigir sus miradas hasta el fondo de las provincias para ir escogiendo y clasificando los talentos jóvenes y desconocidos. Es preciso resignarse al olvido. Al fin y al cabo esto no vale la pena de disgustarse; pero ¡ah! que mi hijo está en la edad de las ilusiones, que son para él lo que para mí las realidades. Acaso el sentimiento secreto que en él adivino procede de este desengaño sufrido. Porque no es natural ni corriente que un joven de su imaginación y de sus años, se abandone y encierre en la soledad más absoluta; parece como que haya perdido por la muerte ó por otra causa cualquiera, algún objeto querido, cuya falta ocasiona en él tristeza tan profunda.

CII

12 de Septiembre de 1818.

Alfonso recibió ayer un paquete de cartas de su mejor y más íntimo amigo, M. de Virieu, quien le

llama a París inmediatamente. El ha vendido su caballo para hacerse con veinticinco luises; yo le he dado además todas las economías que poseo. Ya ha partido. M. Virieu, quien ha ingresado en la carrera diplomática y se interesa por Alfonso tanto como él mismo, le decía en sus cartas que el conde de Lagarde, nuestro embajador en España, estaba decidido a llevarle consigo a Madrid. ¡Quiera Dios que este proyecto se realice!

*

Todo ha fracasado. Alfonso acaba de volver más descorazonado que nunca por los acontecimientos que le vuelven a sepultar nuevamente en la inacción y la obscuridad. M. de Lagarde, que le conoce, y que hubiera deseado llevarle consigo, no le ha sido posible, y ha partido para Madrid dejando a mi pobre hijo en el mayor desconsuelo.

¡Si yo pudiera obtener para mi hijo la resignación que yo poseo! Pero él es joven y es natural que sus pensamientos sean distintos a los míos.

El proyectado casamiento de mi Cesarina resulta decididamente irrealizable; me he visto obligada a decírselo así a este pobre joven. La familia se ha obstinado en la negativa más absoluta, estoy desesperada y he llorado mucho; el pobre joven parece resuelto a esperar aún contra toda esperanza. También Cesarina está muy triste, pero bien penetrada de su deber; teme, dice, que si fuerza por sí misma las repugnancias, el descontento de aquellos de quien nosotros dependemos recaiga sobre mí. ¡Lástima grande que así se rompan las esperanzas de dos almas puras que sentían una hacia la otra cierta inclinación natural por cierto bien inocente! Afortunadamente el tal afecto no

constituía para Cesarina una pasión absoluta, y sí únicamente una simple disposición amorosa y el reconocimiento natural en quien se ve amada con vehemencia. ¡Pobre muchacho!

Me han hablado de otro matrimonio para mi hija con un hombre de mucho mérito que ha pedido su mano; he conferenciado con ella sobre el particular, y parece que se presta a la realización de dicho proyecto; creo que ha reflexionado y está resuelta. No he podido comprender si ella se ha manifestado condescendiente por sacarme de apuros o si ve alguna razón de conveniencia particular: yo procuraré estudiar este asunto con detenimiento. Alfonso me dice (y tiene mucha razón) que no haga violencia alguna contra los sentimientos y afecciones que pueda profesar a otra persona.

Me dice también mi hijo, que si es necesario él me apoyará contra todas las oposiciones de la familia hasta el momento en que sea completamente libre de seguir sus inclinaciones naturales; Cesarina al oír esto ha contestado que no había experimentado más que el natural sentimiento en toda persona reconocida a otra a quien ha inspirado una pasión, y que seguiría sin pesar alguno la voluntad de la familia, que se uniría sin repugnancia al hombre apreciable que se le destinaba; parece, por lo tanto, que hay en ello tanta reflexión como simpatía. Feliz el marido a quien la Providencia le depare tan angelical criatura.

*

Al poco tiempo, o sea el 21 de Febrero de 1819, se ve que la obediencia de Cesarina se trocó en verdadera felicidad, al menos en apariencia.

CIII

Domingo, 21 de Febrero de 1819.

El día 17 hemos llegado a Chambery; están los caminos intransitables y hemos hecho el viaje en largas jornadas. La mayor parte de la familia nos esperaba con impaciencia; hemos sido recibidos como príncipes. Cesarina parece estar en su elemento, simpatizando con las gentes de este país, que son buenas y sencillas; nos colman de atenciones, que verdaderamente puedo calificar de amistosas.

Felicítome mucho todos los días por este casamiento, que tantos disgustos me ha costado figurándome que había dificultades de verdadera monta para realizarlo.

La figura de M. de Vignet no es muy notable; su fortuna es mediana; temí muchas veces cometer un disparate; ¡y he sido yo quien lo ha hecho todo! Rogué muchísimo a Dios que me diera acierto y que declarase mis dudas, y veo ahora con satisfacción que todo lo que pueda llamarse verdaderamente cuerdo y razonable, se encuentra en este matrimonio. He podido comprender que Cesarina no ha encontrado la menor repugnancia en la figura de M. de Vignet; estoy segura de que le amaré... Tengo la satisfacción de ver que no me he equivocado; Cesarina le ama en efecto.

La reputación de M. de Vignet está bien cimentada y es hombre de grande ingenio, muchos conocimientos y méritos de toda especie; su familia es de las principales de este país, y es seguro que llegará a ocupar los puestos más eminentes que pueda aspirar, dada la carrera que tiene, así por propios méritos como por el apoyo de su tío el conde de Maistre, actual canciller. Tiene una

hermana, buena y amable, que vive con él, y un hermano, antiguo amigo de Alfonso, el cual ha resultado ser la principal causa de este matrimonio.

Soy por lo tanto muy dichosa de haber encontrado una salida tan honrosa para reparar todas las imprudencias que a causa de mi debilidad había cometido. ¡Cuántas veces yo misma me he reprochado aquella conducta!

Pero en medio de la satisfacción que siento, recuerdo con honda pena al joven que tan enamorado estaba de Cesarina y al cual apoyaba en sus pretensiones. ¡Pobre joven! ¡Cuánto habrá sufrido!... Puesto que no queda ya ninguna esperanza, es preciso, pues, romper del todo, lo antes posible; Dios me ayudará como me ayuda siempre, y yo no me cansaré de repetirle millones de veces mi reconocimiento por los beneficios que me concede.

Con gran lucimiento hemos celebrado la boda aquí y en Mácon.

CIV

Martes, 9 de Marzo de 1819, en Saint Amour
en el Franco Condado

Al salir de Chambéry el jueves, día 4, he realizado mi proyecto de atravesar el monte Chat para venir aquí, a donde me encuentro desde el viernes, día 6, a la caída de la tarde: ha sido una larga jornada por aquellos espantosos caminos y ásperas pendientes. M. de Costa, que posee un castillo al pie del monte, nos ha proporcionado dos caballos para la subida; a pesar de ello me he visto precisada a caminar a pie en varias de las numerosas y casi inaccesibles revueltas de la carre-

tera, donde era preciso contener las cabalgaduras; yo estaba llena de miedo viendo, a una profundidad enorme y espantosa, grandes precipicios y el lago Bourguet, en el cual podríamos sepultarnos al más pequeño descuido.

El descenso a la otra parte de la montaña, es al principio más suave, pero, en Yenne, la pendiente vuelve a empezar de nuevo; viene a ser una limitadísima cornisa sin parapeto, pegada por una parte a las elevadísimas rocas de la montaña y teniendo en la otra, sin el menor amparo, el caudaloso Ródano a tres o cuatrocientos pies de profundidad. A la otra parte del río existen aún las enormes rocas donde estuvieron las célebres prisiones de Pierre-Chatel, cuyo edificio pertenecía al Estado. El paisaje es allí magnífico e incomparable: entre dos rocas enormes hay un desfiladero: después de los días transcurridos, aún temo que aquellas masas de prodigiosa altura se desprendan y nos sepulten entre sus peñascos.

En todo se admira la inmensa pequeñez de los hombres y el poder de Dios. Si reflexionáramos detenidamente lo poco que somos y valemos, siempre estaríamos prevenidos para recibir la muerte, porque cualquier accidente puede ocasionarla: no es así, sin embargo... ¡Oh! el orgullo humano es grande. El hombre no advierte lo que la Naturaleza le muestra constantemente, esto es, la realidad de lo eterno.

¡Cuánto orgullo hay en este bajo mundo!

¡Cuánta demencia!

*

Me encuentro en casa de mi hija Cecilia, descansando de mis fatigas cotidianas; ella vive completamente dichosa; es adorada de todo el mundo

por su dulce carácter, y se ve rodeada de hermosísimos hijos cuyo número aumenta cada año. Este pueblecito de Saint Amour es delicioso. He tenido ocasión de entregarme a mis reflexiones; tuve un gran disgusto al separarme de mi Cesarina, y ella por su parte lo tuvo también al verme partir. Siempre que estoy turbada y abrumada, despejo mi cabeza reflexionando. Pero jamás sabemos de cierto en este mundo cuando obramos bien o mal: Dios lo quiere así para tenernos humillados siempre en nuestra propia desconfianza. A él recomiendo continuamente aquella hija querida, que dejé rodeada de una familia llena de virtudes de todo género, y particularmente de piedad, dispuesta al parecer a amarla más cada día.

Goza su esposo de mucha consideración, y aunque tiene más edad que ella, se aman entrañablemente. Ella alternará con lo mejor de la sociedad del país. Sus haberes, dado el cargo que desempeña su marido, son suficientes a sus necesidades, porque aun cuando en el fondo no sea su fortuna muy considerable, es seguro que la irá aumentando rápidamente. En Chambery abunda poco el lujo, todas las fortunas son limitadas: tengo, pues, motivos para creer que he de vivir con desahogo y tranquilidad.

Lo que hoy empieza a ocuparme es mi Susana, belleza de otro género, pero belleza incomparable que llamó la atención de toda la sociedad de Chambery y la juventud de Piamonte, donde me la llevé cuando fuimos a acompañar a su hermana para el casamiento. No se oían más que elogios para ella, pero es tan cándida y sencilla, que no se preocupa en lo más mínimo de su belleza. Se me habló ya de un buen partido para colocarla. ¡Ah! ¡Si yo pudiera casarla más cerca de mí, y casar también a Alfonso! Quién sabe, Dios mío,

si de esta suerte olvidaría esta dichosa carrera que le tiene preocupado y que acaso no conseguirá jamás.

CV

Mâcon, 18 de Marzo de 1819.

Otra vez me hallo en Macon, pero muy intranquila, porque el encono de los partidos políticos se halla en Francia muy excitado. A mi marido y a mí se nos critica porque no participamos de la cólera de nuestros correligionarios los realistas; esto, a mi entender, no es religioso ni realista; que los hombres no creo hayan sido llamados al mundo para injuriarse. Tanto mi marido como yo, nos hemos visto obligados a separarnos de nuestras más íntimas relaciones sociales, encerrándonos en nosotros mismos: nosotros nos contentamos siendo fieles a los Borbones, sin perder por esto nuestra sangre fría, nuestro espíritu de justicia ni nuestras almas. ¿No existen acaso bastantes pasiones a que hacer frente dentro de nosotros mismos, sin necesidad de encender los odios políticos en que arden en este momento los espíritus? Dice mi marido que él dió su sangre a los Borbones el 10 de Agosto y que está dispuesto a derramarla nuevamente; pero que él no abandonará jamás su buen sentido a los furores de sus partidarios. Sin embargo, está triste y sufre mucho. Así, dice él, es como se fomentan las guerras civiles. Los enemigos de los realistas también están excitadísimos, de suerte que nos encontramos en medio de dos partidos y en nuestro propio país proscritos y sospechosos a unos y a otros. ¡Dios mío, derrama sobre todos el espíritu de paz y de justicia! Alfonso ha partido otra vez para París. ¿Qué objeto tendrá su viaje?

CVI

11 de Junio de 1819.

He hablado con la señora de***; es la italiana más bella y simpática que he tenido jamás ante mis ojos; posee una especie de irradiación dulce y viva a la vez, que subyuga al corazón al mismo tiempo que deslumbra la vista: el sonido de su voz, unido a cierto acento extranjero, despiden una emoción y una ternura que atraen y encantan a la vez. Me ha traído noticias de mi Alfonso, a quien dice que ha visto muchas veces en París; me ha recitado versos de mi hijo que yo desconocía por completo; son una especie de cadencias entre religiosas y melancólicas, dentro las cuales se observa una pasión juvenil que no me atrevo a definir.

CVII

Milly, 4 de Junio de 1819.

Ha llegado Alfonso y está muy bien de salud. Encuentro en él algo nuevo que le preocupa mucho. Parece que ha adquirido en Chambéry relaciones con una joven inglesa, con quien tiene deseos de contraer matrimonio, y según cuenta, ella también le quiere, y ambos están resueltos mediante el permiso de sus padres, a seguir adelante con sus relaciones. ¡Cómo se complace la Providencia en realizar mis más puros deseos! Cuando yo me impacientaba y desesperaba viendo a mi hijo sin ocupación, y sin objeto, vagando de un país a otro para distraerse en vanas inutilidades o en devaneos perjudiciales, he aquí como esta misma Provincia nos presenta de pronto y como de la mano, a esa extranjera que parece ser una mujer perfecta y capaz de contener su alma dentro de la felicidad que proporciona una vida

honrada. ¿Qué resultará de todo esto? Sea lo que Dios quiera.

La joven inglesa es conocida de Cesarina: esto me ha causado mucha alegría. Sin ser una belleza, muchas veces más perjudicial que útil al que la atesora, es agradable y graciosa, tiene una figura admirable, y una cabellera como hay pocas; de educación esmerada, mucho talento e ingenio superior; pertenece a una familia notable de Inglaterra muy bien relacionada y emparentada; sin ser rica, su madre, que es viuda, tiene una posición desahogada; la joven es hija única; su padre fué coronel de las milicias inglesas durante las amenazas de la invasión bonapartista.

Habiendo recibido muy bien a los emigrados franceses en su casa de Londres, acogió muy particularmente a una gran dama emigrada de Saboya, conocida por la señora marquesa de la Pierre, a quien tuve el honor de conocer en casa del gobernador de Saboya con motivo del casamiento de Cesarina. Es una persona que ha debido ser una belleza extraordinaria.

Esta dama pasó todo el tiempo del destierro de los reyes de Cerdeña en Inglaterra, hasta el 1818; tuvo algunas hijas nacidas y educadas en Londres; estas niñas han vivido después de su infancia, como hermanas, con la joven inglesa, su amiguita. A su vuelta a Saboya, hicieron que la amiga viniese con ellas para prodigarle a su vez la hospitalidad que de ella habían recibido; estaban, como es natural, satisfechas de poderle ofrecer su patria, su castillo, cuantas consideraciones gozaban en su provincia y en los dominios que les habían sido restituídos en parte. Actualmente habitan una magnífica quinta con un gran jardín al extremo de uno de los arrabales, situados a poca distancia de Chambéry; esta quinta es el centro de reunión de

la sociedad más distinguida e ilustrada de aquella deliciosa población. Allí se dibuja, se pinta, se dan conciertos, se monta a caballo; es una especie de cantón inglés transplantado a Saboya. Cesarina va allí muchas veces, y su cuñado, Luis de Vignet, el amigo de Alfonso, está casi siempre; hace versos y se los lee a las señoritas de la reunión; les ha leído también algunos, escritos por Alfonso, que han sido celebrados por la concurrencia: cuando se le interroga sobre su amigo, hace de él un elogio exagerado, le compara a cierto joven poeta inglés, cuyo nombre no recuerdo en este momento: únicamente sé que ha escrito poemas fantásticos que hoy gustan mucho y les ha prometido presentar a su amigo cuando pasara por Chambéry de regreso de Suiza: Alfonso se encontraba entonces en aquel país solo, y habitaba en la cabaña de un pescador a la orilla de un lago.

He aquí cómo ocurrió el caso, que viene a ser por cierto algo novelesco.

La fama adquirida por Alfonso, gracias a las exageraciones de su amigo, hizo que hubiera de presentarse en Bissy, quinta del recreo del coronel de Maistre en Chambéry.

Tenían todos grandes deseos de conocer al hermano de Cesarina, y creían que su aspecto había de ser elegante, como sus composiciones poéticas, y simpático como su hermana. No pudo ocultar la joven inglesa su pasión por las poesías del joven francés, y su madre, que hace siempre lo que su hija quiere, sonrió sin disgusto a esta inclinación. Alfonso ha sido por unas semanas el favorito de la casa; y aprovechando esta circunstancia, hizo hablar a Cesarina con Mme. de la Pierre, para que esta señora lo hiciera a su vez con la madre de la joven inglesa. Pero la gran dificultad que me tiene

intranquila ha de venir de nuestra parte, sobre todo de mis cuñadas de aquí; porque la joven de que se trata es protestante. Sin embargo, Cesarina (que tiene también muchas ganas de casar a su hermano) me asegura que la amiga de las señoritas de Pierre, se ha aficionado a la religión católica, diciendo que ya hubiera abjurado del protestantismo si no hubiese temido disgustar a su madre. Si ella ha prometido sinceramente a Cesarina entrar en nuestra religión, y educar sus hijos en nuestra fe, creo que habrán terminado con esto los obstáculos.

¡Qué disgustos me cuesta el ir venciendo las dificultades que se oponen al bienestar de la familia y sobre todo a la tranquilidad de mis hijos!

¿Y qué puede haber más antipático a los ojos de los tíos y tías de Alfonso, tan severamente razonadores, que este casamiento tan novelesco con una extranjera? Apenas me atrevo a hablar a mi marido y a sus hermanos, y de no ser así, no puede llevarse adelante el matrimonio. Toda la fortuna de la familia está en sus manos; Alfonso no tiene más que la corta pensión que le asignó su padre, y unos cincuenta mil francos sobre la propiedad de Saint-Point, cuando faltemos nosotros. Todas las herencias de mi padre político son de mis cuñados y cuñadas; si ellos no lo aseguran en el contrato, ¿cómo presentar así un joven sin carrera y sin fortuna a una familia más rica que nosotros? El amor lo compensa e iguala todo para los jóvenes, pero ellos no son los que cierran los contratos.

Estoy tan preocupada que no puedo conciliar el sueño.

CVIII

9 de Noviembre de 1819.

Todo ha terminado. Alfonso está de vuelta. La

madre de la joven inglesa se ha llevado su hija a Turín para alejarla de él, pero tengo la seguridad de que ellos se escriben de cuando en cuando. Estoy muy triste. Mi marido, disgustado por nuestra pena, por la pérdida de las cosechas, y por las deudas de su hijo que es preciso pagar antes de que se case, para que la familia a quien se una no resulte engañada; mi marido, digo, desea vender la casa de Macon y retirarse al campo; quiere vivir completamente aislado de las gentes. Si lo hace así, ¿cómo voy a colocar las dos hijas solteras que me quedan? ¿Quién vendrá por ellas al fondo de una pobre aldea? Semejante conversación con mi esposo y el temor de que venda la casa, me ha hecho derramar muchas lágrimas esta noche. Mis dos hijas pequeñas me han visto llorar, y en seguida han corrido ambas a encerrarse sin ruido en el gabinete de las Musas; junto a mi alcoba (en este gabinete están esculpidas en la madera de los dos arrimaderos, las nueve Musas). Al entrar yo en el referido gabinete, he sorprendido a las dos arrodilladas, rogando y llorando ante Dios para que me consuele. ¡Qué dichosa me he considerado al ver la ternura y la sensibilidad de mis piadosas hijas! Pero ¡ay! ello no hace sino disgustarme más al ver que no puedo ocuparme como debo del porvenir a que son acreedoras, por las virtudes que atesora su corazón.

CIX

25 de Diciembre de 1819.

Esta mañana ha marchado Alfonso: he notado que estaba muy triste. El señor barón de Mounier, que le aprecia mucho, le ha escrito que vaya inmediatamente a París, porque tiene alguna esperanza de hacerle entrar por fin en la diplomacia. Ha sido

cambiado el ministerio, y el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, M. Pasquier, M. Mounier y M. de Rayneval, que han formado un buen concepto de mi hijo, tienen mucha confianza y creen poder hacer que sea nombrado secretario de embajada. En este caso él sería libre de casarse con la persona que ama, porque tendría su carrera en lugar de la fortuna presente. ¡Pobre hijo mío! ¿Se defraudarán otra vez nuestra esperanza y tus ilusiones?

CX

6 de Enero de 1820.

Alfonso me ha escrito diciéndome que ha sido muy bien recibido por las personas que aprecian sus talentos, según expresión de Mme. de Vaír, mi hermana, y entre las cuales goza, según la misma, gran favor. Mi hijo, sin duda por modestia, nada me dice de esto, pero yo he sabido que le colman de atenciones gran número de personas cuyas madres he conocido durante mi juventud, la princesa de Talmont, la princesa de Tremouille, Mme. de Raigecourt, la amiga de Mme. Elisabeth, Mme. de Saint-Aulaire, la duquesa de Broglie, hija de madame Staél, Mme. de Montcalm, hermana del duque de Richelieu, Mme. de Dolomieu a quien conocí mucho en casa de la duquesa de Orleans; luego muchísimos hombres eminentes que se apresuraron a ofrecer su amistad al ayer aun obscuro joven: el duque de Rohán, el virtuoso M. de Montmorency, M. Molé, M. Lainé, de quien se dice ser un gran orador, M. Villemain, discípulo de M. de Fontanes, que conoció en casa de M. Decazes, el favorito del rey, y otros más que no recuerdo. Puede decirse que es ya conocido de todo el mundo; empieza a sentirse una especie de rumor sordo precursor de